



Hechos de los Apóstoles

Programa No. 0383

Capítulo 25:12 - 26:3

Continuamos hoy nuestro recorrido por el capítulo 25 de los Hechos. Y en nuestro programa anterior, estábamos diciendo que había quienes creían que cuando Pablo había apelado a César, aquí en la última parte del versículo 11, se había equivocado, había cometido un error. Pero dijimos que nosotros no compartíamos esa opinión. Por el contrario, creemos que Pablo obró correctamente al apelar a César. Pablo era un ciudadano romano y lo que hizo fue simplemente ejercer sus derechos de ciudadano, un procedimiento completamente normal y correcto. Él sabía con toda seguridad que su regreso a Jerusalén solo significaría su muerte. Ahora, Pablo no tenía complejos de mártir ni era su deseo ofrecerse como mártir. De modo que lo que hizo aquí fue evitar un martirio seguro. También dijimos que había otro asunto que debíamos considerar en cuanto a esta decisión de Pablo, de apelar a César. Allá en el capítulo 23, vimos que dos años antes, el Señor había aparecido ante Pablo y le había prometido que iría hasta la ciudad de Roma. Ahora, no le había dicho cómo iría a Roma. Le tocó ir en cadenas y este fue el método que Dios había escogido para él. Cuando Pablo escribió su epístola a los Romanos, él dijo que estaba orando que pudiera ir a Roma y les pidió que oraran por él, para que les pudiera visitar en Roma. Dijimos también que no hay duda alguna que Pablo era un hombre que respetaba la autoridad del gobierno. Pero que reconocía a la vez, que no estaba recibiendo justicia. Y por lo tanto, hizo una apelación legal. Pablo tenía su ciudadanía romana y la voluntad de Dios era que él usara sus derechos como ciudadano. Es muy interesante observar cómo Dios guía a algunos de una manera, y a otros, de otra manera. Otras personas quizá no hubieran podido haber demandado la protección de la ciudadanía romana, como lo hizo Pablo. Recordamos además que Moisés por ejemplo, solo tenía una vara en su mano, simplemente una vara. Pero la usó para Dios. Y este es el pensamiento aquí. Pablo tenía su ciudadanía romana, era la vara en su mano y ciertamente la usó para glorificar a Dios. Y nosotros decimos un ¡Amén! a eso. Por eso, pues, no creemos que Pablo se equivocó al apelar a César. Continuaremos hoy leyendo el versículo 12 de este capítulo 25 de los Hechos:



Hechos de los Apóstoles

Programa No. 0383

Hechos 25:12 “. . . a César has apelado; a César irás.”

Festo es obligado a acceder a esta demanda de Pablo. No puede impedir que Pablo vaya a Roma al tribunal de César. Continuemos con el versículo 13:

Hechos 25:13 “. . . Berenice vinieron a Cesarea para saludar a Festo.”

Ahora, Festo acaba de principiar en su nuevo puesto como gobernador, y por tanto el rey llegó para visitarlo. Creemos que todos estos políticos trabajaban juntos. Todos eran del mismo partido. Prosigamos con los versículos 14 y 15 de este capítulo 25 de los Hechos:

Hechos 25:14-15 “. . . pidiendo condenación contra él.”

Agripa y Berenice se quedaron allí por mucho tiempo, pues, dice textualmente: “muchos días.” Pero, parece que por fin no había más de qué hablar. Aun a un rey y a un gobernador, por fin se le acaban las cosas de qué hablar. De modo que, después de un momento de silencio creemos que Festo le dijo a Agripa: “Ah, te debo hablar acerca de un preso que tenemos aquí. Se trata de un caso algo extraño. Su nombre es Pablo el apóstol y fue arrestado y traído acá por Félix. Pues, no sé qué debo hacer con él, salvo que ahora ha apelado a César. Me gustaría que tú le conozcas.” Y continúa Festo hablando aquí en el versículo 16 de este capítulo 25 de los Hechos, y le dice a Agripa:

Hechos 25:16 “. . . y pueda defenderse de la acusación.”

Quisiéramos dirigir su atención hacia esto, por un momento, amigo oyente. A veces creemos que la ley romana no era justa porque hemos visto cómo erró en el caso del Señor Jesucristo, y también en el caso del apóstol Pablo. Pero, estos errores no se debieron a la ley misma sino a los políticos malvados y pícaros. Todavía operamos hoy en día bajo muchos de los principios de la ley romana, según la cual no se podía sentenciar a muerte a ningún hombre, sino hasta cuando hubiera sido traído a la presencia de sus acusadores, y hasta cuando la acusación en su contra hubiera sido comprobada. Aquí vemos, pues, que esta ley no había sido aplicada en el caso del apóstol Pablo



Hechos de los Apóstoles

Programa No. 0383

porque Félix y Festo estaban valiéndose de la política para lograr sus propios designios y ambiciones personales. Y continúa Festo hablando al rey Agripa y le dice aquí en los versículos 17 al 19 de este capítulo 25 de los Hechos:

Hechos 25:17-19 “... Jesús, ya muerto, el que Pablo afirmaba estar vivo.”

Ahora, note usted que el punto en cuestión, amigo oyente, siempre es el mismo. Es la resurrección. Y aquí vemos una vez más que Pablo había testificado en cuanto a la resurrección de Jesucristo, a fin de que Festo supiera de ella. Y continúa Festo hablando y dice aquí en los versículos 20 al 22:

Hechos 25:20-22 “... y él le dijo: Mañana le oirás.”

En realidad, amigo oyente, Festo aquí estaba en una situación difícil. La acusación lanzada contra Pablo era la de sedición, y si era culpable debía morir; pero no había pruebas de que había cometido crimen alguno. Ahora, Pablo ha apelado a César. ¿Qué va a hacer uno con un preso así como éste? Por tanto, Festo le pide al rey Agripa que le ayude. Ahora, creemos que Agripa ya había oído hablar acerca de Pablo y que en verdad estaba ansioso de escucharle. Quería saber más en cuanto a las acusaciones, y quería oír lo que Pablo tenía que decir. De modo que, fijaron una audiencia.

Es interesante ver cómo esta audiencia fue arreglada para Pablo, ante un rey y un gobernador. Y al concordar en esto, estaban cumpliendo la profecía del Señor, aunque no se daban cuenta de ello. Pablo tenía que comparecer ante reyes, porque el Señor había dicho eso. Continuemos ahora leyendo el versículo 23 de este capítulo 25 de los Hechos, y dice:

Hechos 25:23 “... por mandato de Festo fue traído Pablo.”

¡Qué escena! La escena es dramática con gran pompa y ceremonia. Pablo aparece en cadenas ante esta compañía majestuosa de soberanos y reyes. Festo le pide a Agripa que le ayude a inventar un cargo contra Pablo para enviarlo a César. Pablo se sirve de esta oportunidad para predicar uno de



Hechos de los Apóstoles

Programa No. 0383

los más grandes sermones jamás registrados. Este sermón lo estudiaremos ahora al comenzar el capítulo 26. Pero, leamos los últimos versículos de este capítulo 25 de los Hechos, los versículos 24 al 27:

Hechos 25:25-27 “. . . y no informar de los cargos que haya en su contra.”

Como usted ve amigo oyente, Festo se encuentra ahora en una situación bastante difícil. Y así concluye el capítulo 25 de los Hechos. Llegamos ahora, al capítulo 26. Y en este capítulo 26 tenemos el testimonio de Pablo ante el rey Agripa. Este testimonio de Pablo no es una defensa de sí mismo. Es una declaración del evangelio con el fin manifiesto de ganar para Cristo al rey Agripa y a los otros que están presentes. Esta es una escena dramática y este capítulo es una de las más grandes obras literarias, ya sea del campo secular o religioso. Esperamos, pues, que usted amigo oyente, escuche de una manera muy especial, este capítulo 26 de los Hechos. Comencemos, pues, leyendo el primer versículo:

Hechos 26:1 “. . . extendiendo la mano, comenzó así su defensa.”

Ahora, el hecho de que Pablo compareciera ante Agripa, es, creemos nosotros, el acontecimiento descollante en todo el ministerio de este apóstol. Y cumple la profecía que el Señor le había dado, de que él iría a comparecer ante reyes y soberanos. Y creemos que fue en cumplimiento específico de la voluntad de Dios que el apareció ante este rey Agripa.

Ahora, hay algunos rasgos en cuanto a este capítulo que debemos notar antes de entrar de pleno en nuestro estudio de este mensaje de Pablo ante el rey Agripa. En primer lugar, deseamos dejar en claro el hecho de que este no es el juicio de Pablo. Este no es un juicio de un tribunal. Pablo no está haciendo ninguna defensa ante Agripa. Está predicando el evangelio. En vista del hecho que este gran apóstol ha apelado a César, ni siquiera el rey Agripa tenía la autoridad para condenarle y tampoco estaba en manos del gobernador Festo, de ninguna manera.



Hechos de los Apóstoles

Programa No. 0383

El último versículo de este capítulo 26, revela la verdad de lo que acabamos de decir. Dice el versículo 32: “Y Agripa dijo a Festo: Podía este hombre ser puesto en libertad, si no hubiera apelado a César.” Ya no tenían poder para condenarlo. Pero, por otra parte, tampoco le podían poner en libertad. Estaban prácticamente imposibilitados. De modo que, Pablo no trata de hacer ninguna defensa. Trata más bien, de ganar a estos hombres para Cristo.

Este no fue un juicio sino una presentación pública de Pablo ante el rey Agripa y el tribunal, a fin de que ellos pudieran aprender directamente del apóstol lo que era el Camino. El caso es que ya para ese entonces, había sido presentado con tanto fervor, que todo el mundo hablaba acerca del Camino. Era algo común y ordinario que alguien le preguntara a otro: Oye, ¿Has oído hablar esta nueva cosa en cuanto al Camino? El otro diría que había oído algunas cosas en cuanto a eso. Sabía que se divulgaba y que era algo nuevo. Pues, bien, ¿qué es el Camino? ¿De qué se trata? Nos imaginamos que aún Festo y Agripa tuvieran alguna clase de conversación así en cuanto a este Camino. Agripa habría dicho quizá: “He oído de esto, pero, me gustaría saber más en cuanto a este asunto. Y creo, que debemos oírlo de la boca de un perito.”

Aquí Pablo tenía pues, una audiencia pública para explicar ese Camino. Y creemos que esta fue una de las oportunidades mejores que cualquier predicador jamás haya tenido para predicar a Cristo. Nunca antes o después, ha habido una oportunidad como esta. Esta fue una ocasión llena de pompa y fausto pagano. Era seguramente una función del gobierno, llena de toda clase de pompa y al son de las trompetas. Esta escena se describe en el capítulo 25 al decir aquí en el versículo 23: “Al otro día, viniendo Agripa y Berenice con mucha pompa, y entrando en la audiencia con los tribunos y principales hombres de la ciudad, por mandato de Festo fue traído Pablo.” Es decir, que todos los personajes prominentes, y el prestigio de Roma de aquella región, asistieron a la función. Había todo el resplandor de un rey. La púrpura de Agripa y las perlas de Berenice estaban a plena vista. Los electos y los selectos, los intelectuales y los avezados en las cosas del mundo; todos habrían llegado



Hechos de los Apóstoles

Programa No. 0383

luciendo su frac. Estamos seguros que allí habría la majestuosidad, ostentación, dignidad, y la pompa que sólo Roma podría lucir en aquel entonces.

Esperamos que de alguna manera podamos imaginarnos esta escena que tenemos delante de nosotros al escuchar el mensaje de Pablo. Tenemos esta reunión primorosa con un solo propósito, y es el de oír lo que tiene que decir este preso notable. Su nombre es Pablo, el apóstol. Él es el que ha viajado ya por muchas partes del Imperio Romano, ciertamente por toda su región oriental. Ha estado predicando acerca del Camino. Y ¿qué es el Camino? Bueno, el Camino es una persona. Leemos allá en el evangelio según San Juan, capítulo 14, versículo 6, las Palabras del Señor Jesús, cuando dijo: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida.”

Ahora, cuando se abre la puerta de aquella gran sala del trono, un preso en cadenas es introducido a esta escena dramática. Está vestido de ropa de preso y permanece encadenado entre dos guardias. En cuanto a su apariencia personal, pues, no es nada impresionante. Este es el hombre que enseña y predica la muerte, la sepultura y la resurrección de Cristo a favor de los hombres, porque eran pecadores y necesitan un Salvador. Este es el que bien puede hablar con autoridad acerca de aquel nuevo Camino. Y sin duda, todos escucharon a este hombre porque sabía cómo hablar y porque era un hombre inteligente. La luz del cielo estaba en su rostro. Ya no es Saulo de Tarso, sino Pablo el apóstol. ¡Qué contraste debe haber habido entre Pablo y esa multitud voluble de nobleza que se congregaba allí!

Festo contó cómo los judíos habían tratado de matar a Pablo. Cómo le aborrecían, y que sin embargo, no presentaban ninguna acusación verdadera contra él. Toda esa multitud miró a Pablo, y creemos que él pasó su vista a la multitud también. Ahora, Pablo no es una personalidad centelleante. Algún religioso liberal lo ha llamado “el pestífero Pablo.” Bueno, es posible que en el Imperio Romano eso también era lo que pensaban de él. Recuerde usted, que el Señor Jesús había dicho allá en el capítulo 15 del evangelio según San Juan, versículo 18: “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me



Hechos de los Apóstoles

Programa No. 0383

ha aborrecido antes que a vosotros.” Este hombre pues, es fiel al Señor Jesús y por tanto el mundo le aborrecerá.

Francamente no creemos que Pablo era atractivo físicamente. Sin embargo, tenía la clase dinámica de atracción que la gracia de Dios le da a un hombre. El Espíritu Santo le dio las energías que necesitaba. El famoso evangelista del siglo pasado, Dwight L. Moody solía contar la historia siguiente. Decía Moody que una vez mientras estaba sentado en un balcón, oyó predicar a un predicador no muy conocido. Moody era sólo un joven en aquel entonces, y el predicador era un señor llamado Enrique Barley. Quizá, no era un gran predicador de gran renombre. Dudo inclusive que usted haya escuchado su nombre antes. Pero, en su sermón, el Sr. Barley dijo las palabras siguientes: “Al mundo todavía le hace falta ver lo que Dios puede hacer por medio de un hombre que se haya entregado completamente a Él.” Moody en su mocedad se dijo cuando oyó estas palabras: “Mediante la gracia de Dios yo quiero ser ese hombre.”

Ahora, yo diría que Moody sí fue ese hombre. Pero, cuando Moody estaba moribundo, esto fue lo que él dijo: “Cuando yo era joven, oí decir a un señor Enrique Barley que al mundo le hacía falta todavía ver lo que Dios haría por un hombre que se hubiera entregado completamente a Él. Y yo resolví, ser ese hombre. Pero, ahora yo digo que al mundo todavía le falta ver lo que Dios puede hacer por medio de un hombre que se haya entregado completamente a Él.”

Amigo oyente, esto es lo que quiere decir Pablo en su epístola a los Gálatas, cuando dice allá en el capítulo 2, versículo 20 de esa epístola: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.”

Ahora, ya hemos notado el gran contraste entre la pompa y el resplandor de los reunidos allí en este palacio y la completa simplicidad de los guardias con su prisionero encadenado entre ellos. También debemos imaginarnos el contraste entre Pablo y el rey Agripa. Mientras uno de ellos se viste



Hechos de los Apóstoles

Programa No. 0383

de púrpura, el otro se viste con la ropa de un presidiario. Uno se sienta en el trono, y el otro está en cepos. Uno lleva una corona y el otro lleva cadenas. Agripa era un rey que era esclavo del pecado. Pablo, en cambio, era un preso encadenado, pero que se regocijaba en la libertad de tener los pecados perdonados, y en la libertad que hay en Cristo Jesús. Agripa era un rey terrenal al cual no le era posible liberar ni a Pablo, ni a sí mismo. Pablo, por su parte, era embajador de un Rey que le había libertado y que podía libentar a Agripa también, no sólo de la condena del pecado, sino del poder esclavizador del pecado

Ahora, recordemos que el rey Agripa era miembro de la familia de Herodes. Pertenecía a la familia más mala que se conozca. Es la familia más mala que se menciona en la Biblia. Agripa era un hombre inteligente y un gran hombre a pesar de sus antecedentes. Era judío. Conocía la ley mosaica. Por lo menos conocía su letra. Y Pablo se regocijaba en esto porque tuvo la oportunidad de hablar a un hombre que era instruido, alguien que comprendería la naturaleza de las acusaciones.

Ahora, dijimos antes que no podemos menos que creer que Pablo se puso algo impaciente durante estos dos años que había estado prisionero allí en Cesarea. Había comparecido ante la multitud en Jerusalén, ante el tribuno, y luego ante Félix. Después de eso compareció privadamente ante Félix muchas veces, y luego apareció ante Festo. Ahora, lo vemos ante Agripa. Muchas veces parece ser lo de siempre. No es culpable de nada, y sin embargo, le detienen y le mantienen en la cárcel todo este tiempo. Hasta ahora, ninguno de los gobernantes ante quienes Pablo compareció, había podido comprender las acusaciones que se elevaban en su contra. Tampoco entendieron el evangelio. Esto es verdad aún en cuanto al tribuno en Jerusalén. Es asombroso que estos personajes pudieran haber vivido en esa región, siendo expuestos a los cristianos, y habiendo escuchado al apóstol Pablo, y todavía no entender el evangelio. Sin embargo, esa era su situación.

La súplica de Pablo al rey Agripa para que se convierta a Cristo es magnífica. Es lógica y es inteligente. No es pues, una defensa sino más bien una declaración del evangelio. Y leemos aquí en los versículos 2 y 3 de este capítulo 26 de los Hechos, que dice el apóstol Pablo:



Hechos de los Apóstoles

Programa No. 0383

Hechos 26:2-3 “... por lo cual te ruego que me oigas con paciencia.”

Pablo ahora por fin le habla a un hombre que entiende lo que él está diciendo. Agripa era un hombre inteligente. Conocía la ley mosaica, como hemos dicho, y las costumbres judías. Pablo en verdad se regocija de tener esta oportunidad de hablar a un hombre tan instruido, el cual le entenderá. Es que Pablo también era un judío que había sido instruido en la ley mosaica, pero, Pablo además se había encontrado con Cristo. Ahora la ley tiene un sentido nuevo para él. Una nueva luz inundaba el alma de Pablo. Ahora ve que Cristo es el fin de la ley para justicia. Ahora sabe que Dios ha suplido lo que él mismo había exigido. Él sabe que Dios es bueno y que por medio de Cristo, Dios es bondadoso. Y Pablo quiere que el rey Agripa conozca todo eso también. Hay una pasión consumada que llena el alma del apóstol Pablo al hablarle. Y aquí, una vez más, creemos que esta es su obra maestra. Es verdad que el mensaje de Pablo en el Areópago en Atenas fue algo sobresaliente, pero, no creemos que pueda compararse con este mensaje aquí.

Creemos que había centenares reunidos en aquella corte para escuchar este mensaje. Sin embargo, creemos también que Pablo se dirigió hacia un solo hombre, y ese hombre era el rey Agripa. Pablo trató de ganar a este hombre para Cristo. Ahora, Pablo comenzó con una introducción muy cortés, diciéndole a Agripa cuánto se regocijaba de tener esta oportunidad. Luego, siguió dando al rey Agripa una reseña de su juventud y de sus antecedentes. Después le contó acerca de su conversión. Hizo todo esto en un gran esfuerzo para alcanzar a este hombre para el Señor Jesucristo.

Bien, amigo oyente, vamos a detenernos aquí por hoy, porque nuestro tiempo ha culminado por el día de hoy. En nuestro próximo programa pensamos hacer algo que nunca antes hemos hecho. Creemos que este testimonio es tan excelente, que vamos a leerlo todo de una vez, aunque es algo largo, pero en verdad, habla por sí mismo. Este es un mensaje que vale la pena escuchar. Y luego volveremos para hacer algunos comentarios. De modo que, le invitamos a sintonizarnos. Hasta nuestro próximo programa, pues, amigo oyente, que la presencia del Señor, sea en su vida su fiel compañía.